

La memoria del fútbol

Los aficionados más veteranos de cinco clubs históricos –FC Barcelona, Athletic de Bilbao, Atlético de Madrid, Valencia CF y Real Madrid– explican cómo era el fútbol antiguamente, cuando los planteamientos tácticos y el dinero no eran lo esencial. Ellos reflejan la pasión con la que se vive este deporte a lo largo de una vida.

Texto de **Antonio Ortí**

Maria Rojas, en el césped del Camp Nou, el estadio del FC Barcelona, del que en la actualidad es la socia más antigua

Cuando María Rojas, la socia más antigua del FC Barcelona, era una jovencita, iba andando desde su casa en la calle Murillo hasta el campo de Les Corts. De la mano de sus padres, la pequeña María atravesaba campos y solares y se iba juntando por el camino, no sólo con otros hinchas amigos de la familia, sino también con jugadores como Ramon Llorens, el portero del equipo, que vivía también en el Poble Sec, un barrio de ambiente portuario habitado por gente humilde. “Yo era muy joven”, sonríe a sus 93 años la socia más antigua de las 39.447 que tiene el Barça en la actualidad (las mujeres representan un 26% de los socios azulgranas). “Los niños jugaban en la calle y la gente mayor hacia ganchillo en la acera”, exclama María, a la que siempre le ha gustado contar que sus padres, Arturo y Crescencia, la bautizaron el 1 de mayo de 1921 en la catedral de Barcelona, por ser la única iglesia de la ciudad que permitía administrar el sacramento a una hora distinta a la que se jugaban los encuentros. Luego, al finalizar los noventa minutos del partido, los jugadores se volvían a juntar con los aficionados a la salida del estadio y comentaban con ellos las incidencias más destacadas del

Juan Antonio Samaranch impone al jugador del FC Barcelona Joan Segarra la medalla al mérito deportivo en el partido de homenaje que se le tributó en el Camp Nou en 1964. Debajo, un derby Barça-Espanyol en el campo de Les Corts



PÉREZ DE ROZAS



ARCHIVO

match y les enseñaban los mo- ratones de las piernas y demás caricias recibidas de los rivales.

¡Qué tiempos aquellos! José Benet, el socio número uno del Valencia CF, recuerda que quedaba con sus compañeros de estudios de la Academia Boix en unos billares de la calle Ruzafa de la ciudad del Turia antes de desplazarse al campo de Mestalla, así llamado en honor de una de las acequias que riegan la ciudad. “El campo estaba rodeado por la huerta, por tomates, alcachofas, hasta el punto de que cuando Mundo, nuestro famoso delantero centro de Barakaldo que llegó a ser Pichi-chi (máximo goleador) dos veces, chutaba o cabeceaba fuerte por encima del larguero de la portería del gol norte, donde sólo había tres escalones de grada, el balón se iba a la huerta, desde donde un empleado del club lo devolvía”, recuerda como si fuera ayer.

Por aquella época, los partidos eran mucho menos tácticos y frecuentemente terminaban con marcadores de escándalo, como cuando el Athletic de Bilbao derrotó al FC Barcelona por 12-1 el 8 de febrero de 1931. Ese día, Ramon Llorens, el portero, se puso de rodillas al finalizar el partido y pidió perdón, según María Rojas, cuyos padres eran tan amigos de los del portero que asistieron a su boda, como puede apreciarse en una fotografía de los años veinte donde se la ve a ella, muy delgada y morena, con un librito de misa en la mano y el mismo vestido que llevaba cuando tomó la comunión con ocho años. María también cuenta que en la Guerra Civil cayó una bomba en casa de los Llorens que provocó que se desplomara un cuadro de gran tamaño del comedor sobre la cuna de la hija del portero, lo que, a la postre, le salvó la vida, al impedir que cayeran los escombros encima de ella, aunque esta es otra historia...

El día de la lluvia de goles, José Ramón Laría, de 91 años, estuvo en San Mamés y vio como Bata marcaba siete de los doce goles que se llevaron los azulgrana de regreso a Barcelona. Pese a padecer alzheimer y no recordar muchas cosas, como le ocurre a María Rojas, lo más probable es que se tomara la goleada con tranquilidad, pues él –tal y como explica su hijo Juan Ignacio, de 60 años– siempre fue un seguidor muy respe-

Los padres de María Rojas eran tan amigos de los de Llorens, el portero azulgrana que recibió doce goles en San Mamés, que asistieron a su boda



toso con el contrario al que no se le recuerda una mala palabra con nadie. Sin embargo, hay algo que todavía no se le ha olvidado al socio número uno de los leones: que es del Athletic Club, como prueba que responda con un rotundo sí cuando se le formula la pregunta.

En la práctica, muchos de los socios más veteranos del fútbol español han corrido la misma suerte que sus equipos del alma, por lo que algunos han llegado en mejor estado que otros a estas alturas de la vida. A José Luis Rodríguez, socio número uno del Atlético de Madrid, no se puede decir que le haya ido mal, por más que llegue renqueante al estadio Vicente Calderón, aunque contento, después de que el taxista que le ha traído manifestara ser del *Aleti*, “porque, si no, me hubiera bajado del coche”, advierte muy serio. Sin embargo, resulta difícil vaticinar qué hubiera ocurrido en tal caso,



DANILUCH

pues el señor Rodríguez es muy castizo y habla casi siempre con retranca. Un auténtico *gato*, vamos, como se denomina coloquialmente a las personas nacidas en Madrid. “El fútbol que se jugaba en mi juventud –rememora– era completamente distinto. Había un portero, dos defensas, tres medios y cinco delanteros, nada de puntas ni leches. Antes era más técnico que físico. Si quiere le puedo recitar una alineación: Tabales, Mesa, Aparicio, Gabilondo, Germán, Machín, Enrique, Arencibia, Pruden, Campos y Vázquez”, suelta de corrido como si se tratara de los reyes godos.

Desde junio de 1933, sus ojos han disfrutado de todos los títulos del Atlético, por lo que es parte de la historia del club del Manzanares a sus 88 años, después de 81 temporadas siendo socio. De lo que más se acuerda es del Metropolitano, un campo con una tribuna muy antigua, bajo la cual había un espacio



PÉREZ DE ROZAS



PÉREZ DE ROZAS

Eugenio Escudero, veterano madridista y presidente de la peña Hirundo, que agrupa a “382 chavales de setenta y ochenta años”. Debajo, aficionados ante un escaparate el día de la primera retransmisión de un Madrid-Barça por TVE, el 16 de febrero de 1959. El extremo Amancio salva una entrada del defensa azulgrana De la Cruz

muy grande, “porque allí se hacían carreras de galgos”, que una hora antes de que comenzara el partido se poblaba de gente. “Era como pasear por el Madrid de los buenos tiempos. No era muy diferente de la Gran Vía. Estábamos sensacionalmente. Era vetusto para las comodidades de ahora, porque había que estar de pie y todo eso, pero,

bueno, cómo le diría a usted, era como una tertulia de amigos, pues llegábamos con una antelación grandísima a los partidos”, evoca.

En cuanto al flamante campeón de Europa, el decano de los socios se llama Eugenio Escudero y enseña con orgullo la décima en el museo del estadio Santiago Bernabeu. El Real

Madrid le considera –con razón– “un templo de sabiduría madridista”. Sin embargo, no siempre profesó la fe blanca, sino que al principio fue simpatizante del Athletic de Bilbao, como la mayoría de los niños del Orfanato Nacional de El Pardo, adonde fue a parar con nueve años recién cumplidos tras perder a su padre en la Gue- →

José Luis Rodríguez, socio número uno del Atlético de Madrid, ante el escudo de su club. A la derecha, la foto del equipo en el año 1940, una época en la que aún no había televisión y muy pocos partidos se retransmitían por la radio

→ rra Civil, en la batalla de Teruel. A diferencia de los anteriores, no es el socio número uno del equipo merengue, sino el 4.632, aunque ejerce como tal por decisión de su club, que lo considera el más indicado para “mantener una charla distendida”.

Méritos, en todo caso, no le faltan: es el presidente de la peña Hirundo, en total “382 chavales de setenta y ochenta años –detalle– que coincidimos hace muchos años en el orfanato y que ahora nos reunimos el primer y el tercer martes de cada mes en compañía de nuestras mujeres para hacer excursiones, disfrazarnos en San Isidro de chulapos, preparar barreños de limonada y tomar chocolate con porras en Reyes”. He aquí una pequeñísima parte del resto de

su currículo: en su momento, hizo socios a sus dos sobrinos antes de casarse, más tarde a su mujer y, posteriormente, a sus tres hijas y cinco nietos al poco de nacer, “y eso que me ha salido alguno del *Aleti*, pero le pedí permiso al padre y le saqué el carnet, aunque el muy golfo es atlético y, además, antimadri-dista”.

Por lo demás, cuando era mucho más joven (ahora tiene 77 años) se fue tres años seguidos a ver “aquellos fabulosos torneos de verano que se jugaban en Andalucía, como el Colombino, el Carranza y el Costa del Sol”, para lo que metía a su mujer y a sus tres hijas en un Simca 1000, “con los colchones encima”, dice, y se iba a pasar las vacaciones en compañía de Amancio y Pirri.

Escuchar a los socios más antiguos de estos cinco clubs históricos tiene el aroma de los campos embarrados, de las pelotas de cuero de 450 gramos con vejiga y boquilla, de las aparatosas vendas en la cabeza de los jugadores y del humo de los puros.

Tal vez porque la vida es un regreso a la infancia, el fútbol sigue siendo para ellos igual de importante que cuando acudían al campo con pantalones cortos y coderas. A casi todos les hicieron socios sus padres, que, aunque ya no estén presentes,

se hubieran sentido orgullosos de la semilla que plantaron. Es más, si bien algunos de estos veteranos aficionados tienen el cuerpo castigado por los años, no escatiman ningún esfuerzo cuando se trata de su equipo.

Curiosamente, estos aficionados incorruptibles se parecen en algunas cosas. Por ejemplo, todos opinan que los jugadores de ahora no se dejan la piel en el campo. También afirman con vehemencia que los jugadores de antes eran muchísimo más técnicos, aunque no les duelan prendas para reconocer que los actuales son más resistentes. Finalmente, coinciden en señalar que durante la década de los 40 y de los 50 se vivía el fútbol de una forma maravillosa.

En aquella época no había televisión y muy pocos partidos se retransmitían por radio, lo que llevaba al señor José Benet a desplazarse el domingo por la tarde al bar Trocadero (sito en la actual plaza del Ayuntamiento de Valencia), donde colgaban en la puerta una pizarra con los resultados escritos con tiza a medida que se iban produciendo. José Luis Rodríguez, el socio más antiguo del Atlético de Madrid, recuerda que los domingos vendían una hoja informativa llamada *La Goleada* donde estaban los marcadores. Y que si no se quería gastar dinero, se iba a la Puerta

del Sol, donde también colgaban pizarras con los resultados en las cafeterías.

Cuando José Ramón Laria se iba a Madrid a ver alguna final de Copa del Athletic de Bilbao con su flamante Renault 4, la familia en bloque se asomaba a la ventana para despedirle y desearle mucha suerte. En los partidos de Liga, su mujer iba a esperarlo a la cafetería Toledo de la Gran Vía de Bilbao. Entre los jugadores que guarda en la retina destacan Venancio, Zarra y Gaínza. También Iriondo y Etura, explica su hijo Juan Ignacio, tras contar que hace un tiempo su padre se cayó y se fracturó la cadera, aunque pudo estar presente el 26 de mayo del 2010 cuando se colocó la primera piedra del nuevo San Mamés, el santuario rojiblanco.

Para estos socios que constituyen el Senado del fútbol

español, resulta un dilema elegir al mejor jugador que han visto, por lo que citan varios apellidos antes de decantarse por uno. “El jugador que más me ha encantado –dice José Benet, el socio número uno del Valencia CF– ha sido Faas Wilkes. Quienes fuimos a verlo jugar disfrutamos de cómo rompía la cintura de los adversarios con gestos y de su dominio del balón con los pies sin perderlo. Soy testigo de un encuentro contra el Espanyol en el que Wilkes regateó a cuatro jugadores periquitos, casi sin moverse del sitio, para marcar el mejor gol que he visto en mi larga vida”, cuenta sobre este holandés errante que vino del Torino (Italia) para acabar su carrera en el Levante UD. Los más viejos del lugar aseguran que gracias a la expectación que levantó el fichaje de Wilkes se



José Benet, socio número uno del Valencia CF, recuerda las jugadas del holandés Faas Wilkes y señala a Mario Alberto Kempes como el mejor jugador que ha tenido el club

recaudaron suficientes fondos para derribar la tribuna y construir una nueva. Sin embargo, el señor Benet, después de pasar revista a las grandes glorias del equipo *che* –apunten: Puchades, Epi, Álvaro, Juan Cruz Sol, Felmán, Claudio Piojo López, Roberto Fernández...–, recapacita: “pero que no se me olvide que superior a todos estos fue Mario Alberto Kempes, un delantero fabuloso, ya lo creo”.

Indagar cuál ha sido el mejor futbolista de cada equipo acostumbra a ser la “prueba del algodón” para rastrear la ideología futbolística del interpelado. Por ejemplo, María Rojas, a la que acompañan su hija Neus y su nieto Marc, depositarios de la memoria histórica de esta admirable socia culé que cada vez que atacaba el equipo contrario solía clavarles las uñas en los brazos mientras musitaba →



DAMIDUCH



ARCHIVO

207 x 136



DANIEL GARCÍA SAL

Arriba, José Benet, el socio más veterano del Valencia CF, en el vestuario del equipo. Debajo, una imagen de una final de Copa en el campo de Mestalla en 1936 y el gran delantero argentino Mario Alberto Kempes, fichado en 1976



CENTELLES



CORDON

→ “ay, ay, ay, ay”, siempre profesó admiración por los jugadores de la cantera, empezando por Joan Segarra, el *gran capitán* del Barça de las Cinco Copas de la década de los 50, al que conoció personalmente, pues era muy amiga de su hermana, como demuestra otra foto en donde está ella en el bautizo de uno de los hijos de este mítico defensa. “És alt i prim, no és

gros, no. I molt treballador” (“Es alto y delgado, no es gordo, no. Y muy trabajador”), recuerda utilizando el tiempo presente, porque para María todos estos jugadores siguen muy vivos en su memoria, por más que algunos, como el propio Segarra, hayan fallecido. También defiende a capa y espada a Josep Guardiola, Carles Puyol, Xavi Hernández y, ya a continuación,

a Johan Neeskens y a *Tarzán* Migueli. En cambio, las grandes figuras nunca fueron santo de su devoción, ni Ladislao Kubala ni Johan Cruyff, aunque sí Leo Messi, al que cree “molt bon noi” (muy buen chico).

Dicen los neurólogos que recordamos mejor el pasado lejano que el reciente, teoría que confirman estos socios. Por este motivo, los altos mandatos



“A Vicente del Bosque le vi cuando tenía diez años”, relata Eugenio Escudero. “Lo único que le reprocho es que le faltó valor para que Raúl volviera a la selección”

de los clubs de fútbol apelan a su sabiduría para conocer anécdotas relacionadas con los ases de la baraja balompédica. “A Vicente del Bosque le vi de juvenil cuando tenía diez años y era el máximo goleador del equipo –relata Eugenio Escudero en el Real Café Bernabéu, una cafería situada dentro del propio estadio–, porque, al ser alto, jugaba de delantero”.

“Del Bosque –prosigue Escudero– no era un Pirri, no era un Camacho ni un jugador impulsivo, pero se adelantó al tiquitaca del Barcelona, pues era muy inteligente. Cuando recibía la pelota, se las ingeniaba para que no hubiera ningún contrario a su lado, la pasaba y pedía recibir de nuevo el balón. A Del Bosque le he visto hacer jugadas que no le he visto a nadie. Estando cerca de aquel córner –señala con el dedo al banderín de la esquina del fondo sur– levantaba la pelota con la espuela, se la pasaba por encima de la cabeza y le caía justo delante. A Vicente le he conocido personalmente y es una excelente persona. Lo único que le reprocho es que le faltó valor para que Raúl volviera a la selección”, indica con relación al siete del Real Madrid, su jugador preferido de siempre.

Pero... ¿qué les queda por ver a esos cinco socios? Pues depende del equipo... A José Rodríguez, que el Atlético de Madrid gane la Champions. A Eugenio Escudero, “en realidad, nada, pues he visto desde el mismo campo cómo el Real Madrid ganaba las cuatro últimas Copas de Europa, la Intercon-

tinental en Japón, la Supercopa en Mónaco...” En cuanto al resto, se conforman con vivir el momento presente, que no es poco, sin olvidar algunas plegarias relacionadas con la rabiosa actualidad de sus equipos.

Antes de morir a José Benet, por ejemplo, le gustaría que la afición del Valencia dejara de estar dividida. “Quisiera una paz octaviana para el Valencia, después de una época muy larga de convulsiones”, demanda. En cuanto a José Luis Rodríguez, se siente muy identificado con su entrenador: “No se puede decir nada malo del *Cholo* Simeone, todo positivo, nada negativo”, bromea. Por su parte, Eugenio Escudero cree que la vida son ciclos y que el de Iker Casillas en el Real Madrid ha terminado o casi.

Dicen que la ubicación en el campo marca el carácter de un seguidor, pero no más que comprobar cómo tus compañeros de butaca ya no son los de antaño y cada vez son más jóvenes. Visto así, estos cinco socios eternos son los verdaderos campeones de la Liga de James Rodríguez y Luis Suárez, de Iker Muniain y Antoine Griezmann, sin olvidar a Paco Alcácer. El fútbol sigue siendo lo más importante para ellos, de la misma manera que este juego maravilloso no existiría sin unos aficionados irreductibles como José Benet, María Rojas, José Luis Rodríguez, José Ramón Laria, Eugenio Escudero y tantos otros socios anónimos que profesan una fe ciega en unos colores.○

104 x 271